

## *Reseñas y Ensayos Bibliográficas*

### **14. Roberto García\***

#### **Max Paul Friedman, *Repensando el antiamericanismo. La historia de un concepto excepcional en las relaciones internacionales estadounidenses***

[Madrid, Machado Libros, 2015 [2012]  
397 págs.]<sup>1</sup>

Pese a constituir uno de los tópicos más debatidos de la política exterior estadounidense, durante casi 400 páginas el profesor Max P. Friedman, de la American University de los Estados Unidos, se ha dedicado con singular éxito a revisar la historia, evolución y los perdurables significados del “antiamericanismo”. En función de lo expresado y como es

sobradamente conocido, no puede decirse que la temática abordada por Friedman sea novedosa: el “dilema” del “antiamericanismo” constituye una de las ideas mayormente presentes en los debates políticos y académicos relativos a las decisiones que en cuanto a asuntos exteriores se asumen por parte de los Estados Unidos a la hora de vincularse con otros países.

Pese a ello, su trabajo posee un nivel de originalidad realmente significativo pues el argumento central del mismo, así como las sucesivas reinterpretaciones y conclusiones expresadas a lo largo del texto se nutren de lo que ha sido una amplísima labor de investigación cumplida por el autor en veinticuatro archivos y bibliotecas de nueve países (pág. 36). La incorporación de este riquísimo aparato erudito –Friedman maneja documentos en cinco idiomas diferentes– al debate académico internacional permiten posicionarlo como uno de los más incisivos historiadores de las relaciones exteriores de Estados Unidos en la actualidad.

Un aserto que se presenta claramente desde el principio es aquel que sostiene que el “antiamericanismo” ha sido responsable de “enormes errores analíticos de comprensión de las condiciones vigentes en el extranjero”, contribuyendo frecuentemente a la toma de decisiones políticas no sólo equivocadas sino también “ineficaces” que “suelen incrementar aún

\* Doctor en Historia. Profesor del Departamento de Historia Americana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. Mail: [robertogarciaferreira@hotmail.com](mailto:robertogarciaferreira@hotmail.com)

<sup>1</sup> Originalmente publicado en 2012 por Cambridge University Press.

más la hostilidad exterior hacia Estados Unidos” (pág. 20). En ese sentido resulta interesante agregar, siempre siguiendo al autor, su manifiesta opinión de reformular los clásicos cuestionamientos de los “gestores políticos” (pág. 23). Así, propone modificar el habitual interrogante de “¿por qué nos odian?” sustituyéndolo por otros dos: “¿por qué este tipo de conceptos existe sólo en Estados Unidos?” y “¿cómo ha afectado a nuestras relaciones con el resto del mundo?” (pág. 21).

Son estos dos interrogantes la guía principal del autor quien documenta la forma por la cual el “mito del antiamericanismo” se ha constituido en un “concepto que oscurece mucho más de lo que alumbra” (pág. 23). No se pasa por alto la necesaria y directa relación entre el mencionado mito y otro concepto característico de la historia estadounidense, el del “excepcionalismo” (pág. 28). Sobre esto último cabe mencionar que a lo largo de toda su obra, Friedman debate y cuestiona con intensidad a los teóricos del “excepcionalismo” estadounidense, en una línea similar a lo que recientemente ha aportado Thomas Bender al situar la historia de Estados Unidos en un contexto más amplio, destacando “la naturaleza transnacional de las historias nacionales”.<sup>2</sup>

En cuanto a las definiciones, Friedman intencionalmente destaca que se propone “no defender la superioridad de una sobre las demás” (pág. 27) sino repasar la historia de su “evolución” y también de los

perniciosos “efectos” derivados de su indiscriminado empleo (pág. 35). Sobre ello y a modo de recapitulación, el autor sostiene que a grandes rasgos podría considerarse que el “mito” consiste en una muy expandida “convicción de que toda crítica interna hacia Estados Unidos procede de ciudadanos desleales y de que toda oposición externa emana de la malevolencia, de sentimientos antidemocráticos o de patologías psíquicas que sufren los extranjeros” (pág. 22).

He ahí el gran “reto epistemológico” advertido por Friedman: el “intentar comprender por qué numerosos estadounidenses se han topado con lo que consideran ‘antiamericanismo’ en aquellos lugares donde esperaban ser acogidos con confianza e incluso gratitud” (pág. 36). Para desentrañarlo y comprenderlo, extensamente documentado como ya se advirtió, el profesor Friedman realiza un importante recorrido histórico, estructurando su libro en seis capítulos.

“Historia de un concepto” es el primer capítulo y, en lo que constituye una constante presente a lo largo de todo el libro, su autor se aparta con inteligencia de los planteamientos convencionales según los cuales la “antipatía” u “odio obsesivo” hacia los Estados Unidos constituye una “hostilidad hacia la democracia” (págs. 43-45). Para cuestionar y argumentar en contrario de las continuas “simplificaciones”, la estrategia metodológica exhibida es irrefutable. Así, Friedman escribe que los “ofensivos extractos” donde constan las críticas a Estados Unidos han sido habitualmente

<sup>2</sup> Thomas Bender, *Historia de los Estados Unidos: una nación entre naciones*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, pág. 11.

“desconectados” no solo de su tiempo sino también de un “más amplio conjunto de sus obras de origen”. En consecuencia, los autores “aparecen caricaturizados, sin ninguna referencia a sus normalmente amplias trayectorias de activismo y de implicación política” (pág. 45). Por esa razón, escritores críticos de Estados Unidos como Charles Dickens, Francisco de Bilbao, José Enrique Rodó, José Martí o Samuel Langhorne Clemens (más conocido por su seudónimo, Mark Twain) son precisamente contextualizados y sus cuestionamientos repensados en un marco interpretativo más amplio.

El segundo capítulo, “Americanismo y antiamericanismo”, repasa las aristas más complejas de un concepto que ya desde fines del siglo XIX se hallaba “fuertemente arraigado en el discurso político estadounidense”, aunque Friedman anotó su origen en torno a 1767 (pág. 45). De todas formas, no sería sino hasta el siglo XX cuando el mismo adquirió un “profundo” desarrollo, siempre en términos de “acusación” hacia la “deslealtad” que suponía criticar cualquier aspecto de los Estados Unidos. Se trataba, en resumidas cuentas, de una “idea fija” que sistemáticamente “distorsionaba” las “percepciones estadounidenses de la política nacional y de las relaciones internacionales” (pág. 93). La citada “deslealtad” iba a menudo acompañada de otro tipo de ideas, entre las que se destaca la fórmula de interpretar las críticas por la “irracionalidad” de quienes las expresaban (pág. 99). Ambas cuestiones tenían un largo historial, particularmente desarrollado para el caso latinoamericano, una región que los

estadounidenses consideraban habitada por personas “de sangre caliente, temperamentales, nerviosos, excitables y pesimistas”, cuya “inferioridad intelectual” era más que evidente (págs. 100-101).<sup>3</sup> En esos términos –a los que deben agregarse el componente misional y el tono paternalista– las ocupaciones e intervenciones de Estados Unidos se sucedieron y con ellas, las resistencias; en Cuba, Puerto Rico, Nicaragua, México, República Dominicana, etc. Habitualmente los estadounidenses no comprendían esos procesos de resistencia y los asociaban a algunos de los prejuicios ya esbozados.

Más allá de que el repaso que el autor realiza es sumamente ágil y claro, merece subrayarse una de sus interpretaciones, estrechamente ligada al campo intelectual: fue la revolución mexicana la que marcó el comienzo de lo que poco más adelante se constituiría “en toda una industria académica orientada a explicar la oposición a Estados Unidos como producto de la estupidez de sus poblaciones” (pág. 110). Es que las fuentes trabajadas por Friedman apuntan a que los latinoamericanos carecían de verdaderos motivos para oponerse a los Estados Unidos. Por el contrario, la generalidad de los casos aludía a cuestiones pasionales, sentimentales y al carácter de los latinos. De allí que el caso mexicano se destacaría ampliamente por tratarse de “una nación ingobernable de mestizos de sangre caliente”.

<sup>3</sup> Sobre ello resulta altamente ilustrativo el documental “The Gringo In Mañanaland”, dirigida por Dee Dee Halleck, 1995, 61’. Disponible en: <http://www.desorg.org/titols/the-gringo-in-manaland/>

Empero, la aplicación del “antiamericanismo” no era privativa de los latinoamericanos. También las críticas europeas eran asimiladas a una parecida “ingratitude” hacia los Estados Unidos, algo de lo que se da cuenta, con minuciosidad en el capítulo tres, “Un espectro recorre Europa”. Se incorporan allí al debate las resonancias principales de la irrupción temible de la Guerra Fría. Fue precisamente esta división maniquea del mundo la que aportó una particular novedad: ser “antiamericano” era “sinónimo” de “comunista” (pág. 147). En definitiva, además de representar el “mal”, tal pertenencia solía identificar a los comunistas –y antiamericanos- como el conjunto de “fuerzas indeseables que acechaban al mundo” (pág. 149).

Permítaseme destacar muy especialmente el siguiente capítulo del libro, “Mala vecindad”. En las casi cincuenta páginas que lo componen, nuevamente el escenario se traslada desde Europa hacia América Latina, región donde Friedman señala las “justificaciones” a las que tradicionalmente apelaron los estadounidenses para “instaurar o deponer gobiernos”: lo hicieron para “promover la estabilidad, para socavar la influencia alemana,<sup>4</sup> para traer la democracia, para expulsar a bandidos”, etc. (pág. 195). Dentro del amplio espectro que podría abarcar la historia del intervencionismo norteamericano durante la Guerra Fría en América Latina, la intervención de 1954 contra Guatemala

ocupa, merecidamente, un lugar destacado. Es sabido que constituyó el acontecimiento más importante de las relaciones internacionales latinoamericanas durante la Guerra Fría. Pese a ello y también en este caso, el abordaje de Friedman resulta original y las fuentes empleadas, novedosas. Mientras Estados Unidos estaba preocupado por la probable acción del “comunismo internacional” en Guatemala e invertía importantes sumas de dinero destinadas a divulgar esa suposición en la región fundamentalmente a través de los diarios y revistas nacionales, otros observadores –también anticomunistas- diferían totalmente con los juicios de la CIA y del Departamento de Estado. Así, Friedman muestra “fuentes primarias” relevantes provenientes de archivos alemanes, franceses e ingleses por los cuales se evidencia como otros observadores en repetidas ocasiones interpretaban la revolución guatemalteca – y especialmente la Reforma Agraria- de forma diferente. No se trataba de un plan dirigido con el propósito de establecer un “soviet”. Jacobo Arbenz había hecho una evolución política e intelectual casi asombrosa para un militar centroamericano y sus metas estaban a tono con la época.<sup>5</sup> De todas formas, ignorando las advertencias de sus aliados europeos y latinoamericanos, Estados Unidos a través de la CIA ejecutó el plan encubierto que finalmente derrocó al presidente Arbenz. Hoy sabemos que no todo se debió a dicha intervención: las dictaduras vecinas jugaron un papel

<sup>4</sup> El mismo Friedman es autor de otro importante estudio sobre el tema: Max P. Friedman, *Nazis y buenos vecinos. La campaña de EEUU contra los alemanes de América Latina durante la II Guerra Mundial* (Madrid, Machado Libros, 2008 [2003]).

<sup>5</sup> He tenido el privilegio de trabajar su archivo privado. Acerca de este proceso véase Roberto García “La Revolución guatemalteca y el legado del presidente Arbenz”, en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, Vol. 38 (2012), págs. 41-78.

destacado y tenían, al igual que la CIA, sus propios motivos para desplazar a un vecino nacionalista que democráticamente impulsaba, con éxito,<sup>6</sup> un programa que sus mismos países también necesitaban.<sup>7</sup> Lejos estuvo de significar una “gloriosa victoria” como proclamó el Secretario de Estado en conferencia televisiva -un acto “penoso” según los británicos (pág. 226). Significó un corte demasiado abrupto y pernicioso para la historia de Guatemala, también para los organismos internacionales que en la coyuntura quedaron muy expuestos a la crítica internacional. Por último, para Estados Unidos aquella incursión en su “patio trasero” habría de ser muy costosa en términos de imagen y credibilidad. De hecho, cuando aborda este último aspecto (págs. 222-227), Friedman implícitamente deja abierta una excelente agenda de

<sup>6</sup> Según escribió al Departamento de Estado un funcionario de la embajada estadounidense a fines de 1953, “Guatemala se ha convertido en una amenaza creciente para la estabilidad de Honduras y El Salvador. Su reforma agraria es una poderosa arma propagandística; su amplio programa social de ayuda a los trabajadores y a los campesinos en una lucha victoriosa contra las clases altas y las grandes empresas extranjeras tiene un fuerte atractivo para las poblaciones de los vecinos centroamericanos, donde imperan condiciones similares”. Documento citado en Piero Gleijeses, *La esperanza rota. La revolución guatemalteca y los Estados Unidos, 1944-1954*, Guatemala, Editorial Universitaria, Universidad de San Carlos de Guatemala, 2005, pág. 499.

<sup>7</sup> Aaron Coy Moulton, “Antes de la CIA y la operación PBSUCCESS: Las Fuerzas regionales “anticomunistas” en la Cuenca del Caribe, 1944-1952” en Roberto García y Arturo Taracena Arriola [Coordinadores], *Guerra fría y anticomunismo en Centroamérica*, libro inédito en evaluación, 2015; Roberto García, “‘Usted bien sabe que los militares, gente práctica, hacen las cosas más rápidamente que los diplomáticos’: notas acerca del rol de Honduras como actor regional anticomunista”, ponencia inédita. Se presenta en las VI Jornadas de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, octubre de 2015.

investigación: la del legado “antiimperialista” que dejó como saldo la intervención en Guatemala y la de como ésta marcó un hito decisivo hacia la radicalización del continente.

La extensa acumulación de hechos que coadyuvaron hacia dicha radicalización se complementa con la descripción de los otros asuntos abordados por el autor más adelante en el mismo capítulo: la gira latinoamericana de Richard Nixon con las consabidas protestas e indignación que despertaron en la región, cuando el “caso Guatemala” aun se hallaba muy presente en la opinión pública (págs. 227-230), y la irrupción del proceso revolucionario cubano (págs. 230-236). Además, y como colofón, el autor también recorre el apoyo a un nuevo golpe en Guatemala, en 1963. El objetivo explícito de este fue impedir que ese “antiamericano patológico” que era el ex presidente Juan José Arévalo se presentara como candidato a los comicios que se celebrarían ese mismo año (págs. 236-244).

Nuevamente a Europa se dirige el autor en el siguiente apartado, “El mito y sus consecuencias. De Gaulle, el antiamericanismo y Vietnam”. Y otra vez, sostiene Friedman, se sucedieron las equivocaciones y simplificaciones que impidieron cometer errores cuya gravedad no solo se comentaba por el daño a la imagen de Estados Unidos en el exterior sino, fundamentalmente, por las miles de vidas que costaron tanto a estadounidenses como a vietnamitas. Quien más hizo por evitar que Estados Unidos se entrapara en esa contienda fue el presidente francés Charles De Gaulle. Su país conocía como

ningún otro el terreno y el espíritu inquebrantable de los vietnamitas. Alertó una y otra vez de forma siempre discreta a todos los funcionarios estadounidenses con los que mantuvo contacto, pero para éstos sus consejos develaban el carácter “antiamericano” de un líder considerado “archivillano” (pág. 263). Más allá de los abundantes detalles aportados –el “fallo de inteligencia” que se comenta en las páginas 264-266 resulta muy ilustrativo- lo relevante y mayormente significativo de la investigación de Friedman es que, con diversas fuentes, muestra cómo otros aliados norteamericanos opinaban, tras bambalinas, igual que el mandatario francés. Sin embargo, para De Gaulle, sus cuestionamientos públicos lo condenaron “a ser considerado antiamericano a perpetuidad” (pág. 268).

El sexto capítulo “Antiamericanismo en la ‘Era de las protestas’”, prosigue con la extensa lista de singulares paradojas: los jóvenes “antiamericanos” que protestaban en el extranjero oponiéndose a la guerra de Vietnam empleaban “métodos típicamente estadounidenses” (pág. 302) y además, constituían una de las generaciones más americanizadas de la historia. Por esa razón, entre otras varias, su autor se interroga –siguiendo el caso de Alemania Occidental- acerca de “quiénes eran realmente más ‘antiamericanos’”: ¿los estudiantes que pretendían democratizar su propia sociedad, que habían adoptado muchos rasgos de la cultura estadounidense y que estaban en contra de la guerra, o sus padres y abuelos, que apoyaban la guerra en base a argumentos anticomunistas y que detestaban la cultura estadounidense que

estaba ‘corrompiendo’ a la juventud alemana?” (pág. 312).

El cierre del libro no podía ser menos contundente e incisivo, pues Friedman da cuenta de cómo la “paranoia” y el “mito” sobre el “antiamericanismo” volvieron a instalarse con fuerza desde los atentados de septiembre de 2001, propiciando una vez más nuevos errores y consecuencias también drásticas para la política exterior de Estados Unidos. Por todo lo expuesto a lo largo del presente comentario y retomando algunas de las cuestiones ya mencionadas, el libro de Friedman constituye un punto muy alto en la producción historiográfica de un tema amplio y significativo para los historiadores de las relaciones internacionales.